

Historia Insólita
increíble pero cierto

Casualidades
coincidencias
y serendipias
de la historia

Gregorio Doral

 **nowtilus**
saber

Colección: Historia Insólita

www.historiainsolita.com

Título: Casualidades, coincidencias y serendipias de la historia

Autor: © Gregorio Doval

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Diseño de colección y cubierta, realización y maquetación: eXpresio, estudio creativo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-181-9

Fecha de edición: Octubre 2011

Impreso en España

Imprime: Imprenta Fareso

Depósito legal: M-34.885-2011

*A Ana, porque desde que la
descubrí por casualidad,
mi vida se ha llenado
de coincidencias. Gracias.*

Casualidades coincidencias y serendipias de la historia

Prólogo	11
1. Casualidades poco comunes	15
2. Chiripas y carambolas	53
3. Crónica de sucesos lamentables	77
4. Hechos de consecuencias inesperadas	103
5. Paradojas e ironías de la vida	127
6. Coincidencias inverosímiles	151
7. Serendipias y descubrimientos afortunados	181
8. La rueda de la buena fortuna	221
9. Infortunios, maldiciones y gafes	255
10. Premoniciones, sueños proféticos y malos augurios	303
Bibliografía utilizada	325

Prólogo

La colección HISTORIA INSÓLITA presenta una multitud de sucesos increíbles, pero ciertos; o creídos, pero falsos; incluso, legendarios, pero curiosos... Una multitud de sucesos gratamente curiosos, sorprendentes y ejemplares que la historia oficial y ortodoxa generalmente suele dejar de lado y que ponen en cuarentena lo que creíamos saber pero de una forma divertida, por cuanto insólita; amena, por cuanto informativa, e instructiva, por cuanto rigurosa.

Según se vayan desgranando los distintos volúmenes, la colección se irá poblando de todo tipo de seres excéntricos y extravagantes, simpáticos u odiosos, perversos o lascivos, despistados o meticulosos, de los que conoceremos su vida y, en muchos casos, su extraña o chocante muerte. En HISTORIA INSÓLITA se irán dando a conocer casos y cosas fuera de lo común, en forma de casualidades y coincidencias, errores y gazapos, timos y fraudes, enigmas y quimeras, locuras y extravagancias, falsedades y mentiras, depravaciones y lujurias... Podrá decirse, tal vez con razón, que en este poliédrico y multifacético rosario de hechos se ensartan pocas perlas y mucha bisutería. Es cierto. Es conscientemente bisutería histórica porque sólo pretende adornar la riqueza cultural de sus posibles lectores; no, desde luego, amueblarla ni ennoblecerla. Pero no por ello se ha de entender como un mero museo de monstruos ni como un muestrario de excepciones. En realidad, sólo presenta ejemplos históricos extremos de comportamientos y sucesos muy comunes y habituales.

Se narrarán sucintamente las increíbles biografías de personajes tan extraordinarios como Lady Godiva, la Monja Alférez, Sissí, Lawrence de Arabia, Billy el Niño, Iván el Terrible, los Borgia o el marqués de Sade; se detallarán inusitadas historias como la conquista del imperio de los incas, la infame subasta del trono imperial de Roma, las supuestas excentricidades de Nerón y las singulares peripecias eróticas de Cleopatra, Mesalina, Mata-Hari, Eloísa y Abelardo y otros muchos. En sus páginas también se detallarán cuestiones tan dispares como el casual descubrimiento de la cueva de Altamira, el impecedero mito de El Dorado, las estrambóticas profecías sobre el fin del mundo, la hipotética fecha y hora de la Creación o la repetida venta de la Estatua de la Libertad. Se contará cómo perdió los brazos la Venus de Milo y cómo nacieron los premios Oscar. Se hablará del acorazado que se hundió alcanzado por uno de sus propios torpedos o el caza que se autoderribó. Se esclarecerán las indescifrables predicciones del Oráculo de Delfos, los misterios de la Isla de Pascua, la Maldición de los Faraones, el porqué se inclinó la Torre de Pisa, quién dio el erróneo nombre de América al Nuevo Mundo, cuándo comenzó la plaga de conejos en Australia o cómo fue posible que un guardabosques sobreviviera a siete rayos. Asimismo, sabremos cómo se inventaron la guillotina, las patatas *chips*, el perrito caliente, el WC y el papel higiénico, el crucigrama, el sello de correos, el biquini o

el condón; o qué origen tienen palabras como «boicot», «silueta», «sándwich», «linchamiento» o «restaurante»; o bien quiénes fueron los primeros siameses, el primer fumador europeo y la primera vampiresa del cine; o en qué personas reales se basan los personajes ficticios de Tarzán, Robinson Crusoe, Drácula, el Tío Sam, la Dama de las Camelias, Sherlock Holmes o Santa Claus; o cuál fue la primera huelga de la historia, si Shakespeare escribió realmente sus obras o cuándo se utilizó por primera vez la clave SOS. Se podrá saber que más de una vez ha llovido ranas o sangre; que el zar Pedro I gravó con un impuesto a los barbudos, o que alguien cree que en la Biblia se habla del SIDA. Se podrán conocer las extraordinarias historias del bailarín sin piernas, los ansiosos comedores de caucho o de bicicletas, las mujeres barbudas, el jugador de béisbol manco o aquellos mellizos que nacieron con cuarenta días de diferencia. Incluso será posible enterarse de que Cervantes y Shakespeare murieron en la misma fecha, aunque no en el mismo día; que no son pocos los personajes de quienes se cree que han muerto literalmente de risa; que Isaac Newton era tremendamente despistado; que Aristóteles mantuvo teorías absurdas, o que, por ejemplo, se conservan numerosas reliquias de Napoleón, incluido su pene que, por cierto, es una birria al lado del de Rasputín...

En esta colección de obras desinhibidas y amenas, pero rigurosas y didácticas, sí importarán las nimiedades, entendidas como argumentos con que demostrar que el ser humano, cuanto más solemne es, más ridículo resulta; cuanto más angustiado está, tanta más astucia desarrolla, y cuanto más relajado e íntimo, más grotesco. Se demostrará que no es raro encontrar, tras cada hecho histórico, una verdad que sonrío y, tras cada gran personaje, una sombra bufa o un demonio doméstico. Y se llegará a la conclusión de que nada parece lo que es ni nada es lo que parece, y de que nada resulta más común que lo sorprendente.

En definitiva, la colección HISTORIA INSÓLITA reflejará la pequeña historia vista desde las bambalinas, mostrando a las claras todas sus miserias, falsedades, misterios, bajezas, extravagancias, casualidades y sorpresas.

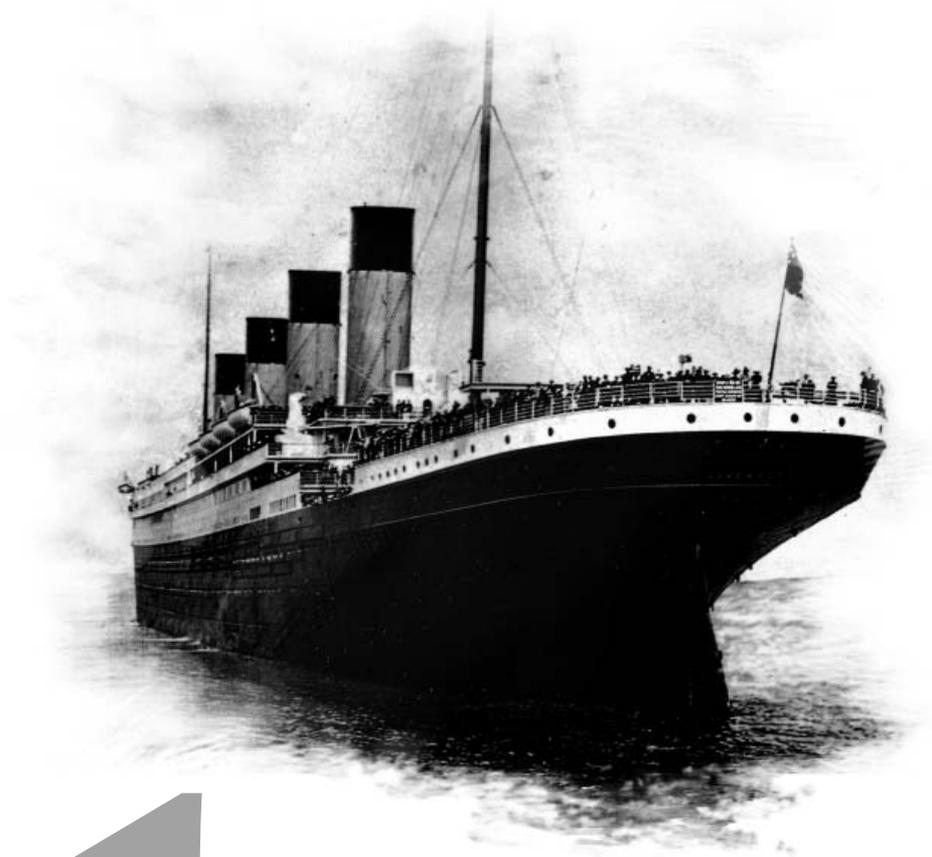
Todo ello podrá encontrar el lector curioso que se adentre en estas páginas o en las de sus volúmenes hermanos. En este, dedicado especialmente a las CASUALIDADES, COINCIDENCIAS Y SERENDIPIAS DE LA HISTORIA, he reunido una variopinta colección de hechos y sucesos de todo tipo, todas las épocas, todos los escenarios geográficos y todos los contextos, pero siempre con el denominador común de estar causados, determinados o condicionados por un factor casual y azaroso y, por tanto, imprevisible, incontrolable y, casi siempre, involuntario, que los hace irrepetibles, originales, y siempre asombrosamente divertidos, e incluso aleccionadores y ejemplares...

Hechos, acciones y sucesos relacionados siempre, como digo, con el azar y lo fortuito, con el factor suerte, eso tan intangible e indefinible que alguien calificó de «la sonrisa de lo desconocido». Eso incluye las casualidades más insólitas y las chiripas más inconcebibles; las coincidencias más improbables; los descubrimientos e inventos más inesperados (es decir, las *serendipias*); las carambolas y otras concatenaciones de hechos más imposibles; los golpes de fortuna y los «golpes de la fortuna»; las rachas de buena y de mala suerte...

Por sus páginas desfilan, en divertido carrusel, todo tipo de personajes con mucha suerte, buena o mala. Personas, famosas o no, que protagonizaron o fueron víctimas, en cualquier parte del mundo y en cualquier momento de la historia, de algún hecho casual concreto, o bien de toda una peripecia vital, para la que no hay otra explicación aparente que el factor suerte. Gente afectada, para bien o para mal, por alguna carambola que les cambió o les truncó la vida, que tuvieron que someterse a sus paradojas e ironías, y doblarse ante los caprichos del azar. Personas que aprendieron en primera persona que, como dijera Federico II el Grande de Prusia, «Su Majestad el Azar hace tres cuartos de la tarea». Personajes gafes o gafados que, en palabras del humorista argentino Pepe Biondi, «tienen suerte para la desgracia». Infortunios, maldiciones y malos augurios que, además de entrañar un reto y un riesgo, supusieron una oportunidad en el sentido que ya señalara Napoleón Bonaparte de que «el infortunio es la comadrona del genio». Gente, en definitiva, cuya experiencia nos demuestra que, por más que uno tenga todo previsto y controlado, siempre puede sobrevenir lo más inesperado, sea lo más afortunado, sea lo más inoportuno, y que la vida es puro azar y, por tanto, más vale que sepamos afrontar con humor todo lo venidero.

Gregorio Doval

Historia Insólita
increíble pero cierto



1

Casualidades
poco comunes

Buena parte de la obra del filósofo griego Aristóteles (384-322 a. C.) nos es hoy conocida gracias a una feliz casualidad. Hacia el año 80 a. C., legionarios romanos que invadían el Asia Menor encontraron unos manuscritos griegos en un pozo y los llevaron a su general, Sila. Este, un hombre letrado, enseguida sospechó que podían ser importantes e hizo que fueran enviados inmediatamente a Roma, donde los eruditos comprobaron que eran copias de obras originales de Aristóteles de las que, hasta entonces, sólo había referencias indirectas. Una vez copiadas de urgencia por temor a que los manuscritos se deshicieran, fue otro filósofo griego, Andrónico de Rodas, quien se encargó de ordenarlas y editarlas. A él, además, se debe el nombre con que fueron conocidas desde entonces estas obras: *Metafísica*, es decir, 'lo que va después de la Física'.

El astrónomo Nicolás Copérnico (1473-1543) fue canónico de la catedral de Frauenburgo, sin ser sacerdote, pero también gobernador militar, juez, recaudador de impuestos, vicario general y médico. En el campo científico, su gran contribución consistió en remover los cimientos de la astronomía occidental con la publicación de su célebre libro *De revolutionibus orbium coelestium* (Sobre el movimiento de las esferas celestes), de cuyo éxito en forma de conmoción en los ambientes científicos de toda Europa no pudo ser testigo, pues murió, según cuentan las crónicas, el mismo día, 24 de mayo de 1543, en que se publicaron los primeros ejemplares de su obra. En ella, Copérnico formulaba su teoría del sistema heliocéntrico, confirmada con posterioridad gracias a las observaciones de Galileo y corroborada por los cálculos de Kepler, y que, fiel a su título, revolucionaría los cimientos de la astronomía clásica.

El científico italiano Galileo Galilei (1564-1642) anunciaría una serie de descubrimientos valiéndose de crípticos anagramas para evitar que cayeran en manos erradas. Este sería el principio de una serie de casualidades que llevarían a que su coetáneo Johannes Kepler (1571-1630), al tratar inútilmente de resolverlos, llegara curiosamente a conclusiones erradas muy acertadas. De manera extremadamente curiosa y casual, a pesar de haber errado por completo en la interpretación del contenido real de los anagramas y de haber decodificado algo por completo diferente a lo que había escrito Galileo, Kepler *descubriría* en el proceso, por ejemplo, las dos lunas de Marte y la mancha de Júpiter.

En la primera de las cartas cifradas de Galileo que trató de decodificar Kepler, enviada por aquel al embajador toscano en Praga en agosto de 1610, tenía por contenido un texto tan corto como extraño: «SMAISMR MILMEPOETALEUMIBUNENUGTTAUIRAS». Su destinatario, al leer el mensaje, quedó perplejo y decidió enviársela a Kepler, que tenía fama mundial como decodificador genial. Nada más recibir el mensaje, Kepler

descubrió en él una secuencia en latín, que definió como de «pobre gramática» y de «bárbaro verso latino», que decía: «*Salve umbistineum geminatum Martia proles*» ('Salve, ardientes gemelos hijos de Marte'). Al instante, sobre todo porque coincidía con su visión geométrica del universo, Kepler creyó que Galileo había descubierto dos satélites marcianos. Desde luego esa no era la traducción del mensaje, pero, por una gran casualidad de la historia de la ciencia, la interpretación libre de Kepler no era errónea... y siglos después se descubrirían los satélites marcianos, Deimos y Fobos. Viendo que el mensaje verdadero seguía sin ser interpretado correctamente, unos meses después Galileo decidió revelar el contenido al emperador Rodolfo, y era: «*Altissimum planetam tergeminum observavi*» ('He observado el planeta más alto en triple forma'), queriendo con ello anunciar el descubrimiento de los anillos de Júpiter. Pasados unos meses, Galileo envió otro anagrama, esta vez a Giuliano de Médicis, con el texto: «*Haec immatura a me jam frustra leguntur*». Kepler, decidido a resolverlo, aunque sólo fuera por una cuestión de honor, tras un concienzudo análisis, creyó descubrir el siguiente mensaje: «*Macula rufa in*

Jove est gyratur mathem» ('En Júpiter hay una mancha roja que gira matemáticamente'). De nuevo Kepler volvía a estar equivocado en su interpretación; sin embargo, dos siglos después se descubriría que, de hecho, Júpiter posee una gran mancha roja giratoria. Al quedar sin resolver su nuevo mensaje, Galileo optó por dejarse de anagramas y revelar su contenido real, que era: «*Cynthiae figuras aemulatur mater amorum*» ('La madre del amor emula la forma de Cynthia'), con lo que quería anunciar que había observado que Venus presentaba fases como la Luna, lo que confirmaba que el planeta gira alrededor del Sol.



El científico e inventor francés Jacques Charles (1746-1823) fue el primero en realizar un viaje en globo aerostático el 27 de agosto de 1783, momento que refleja el grabado adjunto. Al parecer aquella ocasión se produjo de un modo involuntario, cuando su ayudante soltó el globo cautivo por accidente. El 1 de diciembre de ese año, junto con Ainé Roberts, Charles se elevó por fin de forma intencionada hasta una altura de 1.000 m.

Pero no todo eran errores en Kepler. Se cuenta, por ejemplo, que para la organización del convite de bodas de su segundo matrimonio, fue a visitar a un vendedor de vino y le encargó dos toneles. Para su sorpresa, el bodeguero calculó el contenido de ambos, cada uno de una forma y un volumen distintos, mediante la introducción de una varilla reglada. Convencido de que ese sistema no era nada científico, Kepler realizó un peque-

ño estudio sobre volumetría de sólidos, reformulando el llamado método exhaustivo, usado por Arquímedes antes que él y que Arquímedes Eudoxio.

Según un antiguo relato, seguramente apócrifo, pero bello, Leonardo da Vinci (1452-1519) tardó siete años en finalizar su obra *La última cena*. Las figuras que representan a los doce apóstoles y a Jesús fueron tomadas de personas reales. Se dice que cuando se supo que pintaría la obra, muchos jóvenes se presentaron para ser seleccionados. Tras pensárselo mucho, Leonardo seleccionó como modelo a un muchacho de diecinueve años para la figura de Jesús. Durante seis meses trabajó pintando al personaje principal. Los seis años siguientes continuó su obra buscando y representando a once apóstoles; dejando para el final a Judas. Le costó semanas encontrar a un hombre con una expresión dura y fría como convenía a aquel último personaje; el rostro de una persona capaz de traicionar a su mejor amigo. Llegó a sus oídos que un hombre encerrado en un calabozo de Roma y sentenciado a muerte por robo y asesinato reunía estas características. Gracias a un permiso especial, el prisionero fue trasladado a Milán. Durante meses, este hombre se sentó silenciosamente frente al artista. Cuando Leonardo dio el último trazo a su obra, se volvió a los guardias del prisionero y les ordenó que se lo llevaran. Pero cuando salían del recinto, el reo se soltó y corrió hacia Leonardo gritando: «¡Obsérvame! ¿No reconoces quién soy?». Leonardo lo miró cuidadosamente y respondió: «Nunca te había visto en mi vida hasta aquella tarde en el calabozo de Roma». Llorando y pidiendo perdón a Dios, el reo le dijo: «Maestro, yo soy aquel joven que usted escogió para representar a Jesús en este mismo cuadro».

El carpintero que construyó los primeros cepos chinos en Boston en 1634, un hombre llamado Palmer, fue el primero en ocuparlos. Cuando presentó una factura por su trabajo de una libra y trece chelines, los más ancianos de la ciudad pensaron que ese precio era excesivo y le acusaron de explotador. Se le encontró culpable, se le multó con una libra y se le sentenció a pasar media hora en uno de los cepos que acababa de construir. Le salió caro intentar hacer negocio.

Si Napoleón Bonaparte (1769-1821) hubiese nacido un año antes hubiese sido italiano y, sin duda, su historia (y, con ella, la del mundo) hubiera sido muy distinta. La isla de Córcega se convirtió en territorio francés (nominalmente en territorio propiedad del rey de Francia) por el Tratado de Versalles del 15 de mayo de 1768, y Napoleón nació el 15 de agosto de 1769, es decir, cuando la isla sólo llevaba quince meses siendo francesa. De hecho, para disimular ese origen tan poco francés, Napoleón cambió su apellido familiar original de Buonaparte por el más *patriótico* de Bonaparte.

En 1784, una gran tormenta sorprendió en pleno océano Pacífico a un barco japonés de buscadores de tesoros. Tras luchar durante gran parte de la noche contra la furia de la naturaleza, la embarcación terminó yéndose a pique llevándose consigo a varios tripulantes. No obstante, en un golpe de fortuna (tanto mala como buena), cuarenta y cuatro marineros lograron nadar hasta un islote de coral, donde se pusieron a salvo. Allí soportaron durante algunos días el inmisericorde sol sobre sus espaldas sin agua dulce que llevarse a la boca y con la amenaza de morir de sed pendiendo sobre ellos. Muchos, enloquecidos por beber agua salada por desesperación, se lanzaron al mar sólo para morir en medio del océano; otros decidieron permanecer en el islote en espera de algún milagro que les salvase. Ese fue el caso del propio capitán del buque hundido, Chunosuke Matsuyama, quien, desesperanzado, grabó con sus últimas fuerzas los datos de la travesía y el sufrimiento de la tripulación en trozos de madera de los cocoteros del islote, los introdujo en una botella y arrojó esta a las aguas con la esperanza de que algún día el mensaje llegase a su familia. Desafortunadamente, la botella permaneció durante generaciones flotando en el océano. Sin embargo, un día de 1935, ciento cincuenta y un años más tarde de que Chunosuke la arrojara al océano, un recolector de algas japonés recogió la botella y la llevó a la aldea de Hiraturemura, increíblemente el mismo poblado donde Chunosuke había nacido.



Durante la Segunda Guerra Mundial, el secreto absoluto que rodeó el plan de los aliados de invadir Europa mediante un desembarco masivo en las playas de Normandía, conocido como «Operación Overlord», no fue tan absoluto: treinta y tres días antes de la operación, muchas de las palabras clave de su código aparecieron entre las respuestas al crucigrama del *Daily Telegraph* de Londres. Y sólo cuatro días antes, la propia palabra «Overlord» apareció también en otro crucigrama. Creyendo que un espía nazi estaba haciendo público el código, los agentes del MI5 asaltaron las oficinas del diario. El sorprendido *culpable* era un humilde maestro de escuela, llamado Leonard Dawes, de cincuenta y cuatro años, 20 de los cuales llevaba confeccionando el crucigrama del periódico. Con alguna dificultad logró convencer a todos de que aquello no era más que una desafortunada coincidencia.

En plena Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, el virginiano George Washington (1732-1799) envió a sus oficiales a requisar los caballos de los terratenientes locales de la zona en que estaba acantonado su ejército. Con ese objetivo, llegaron a una vieja mansión y cuando salió su anciana dueña le dijeron: «Señora, venimos a pedirle sus caballos en nombre del gobierno». Ella respondió: «¿Con qué autoridad?». «Con la del general George Washington, comandante en jefe del Ejército americano», alegaron. La anciana sonrió y zanjó el tema: «Váyanse y díganle al general Washington que su madre dice que no puede darle sus caballos».

Se dice que en el poema épico número diecinueve del poeta inglés William Cowper (1731-1800) se describe con tanto detalle y precisión la futura Toma de la Bastilla que durante mucho tiempo las autoridades francesas creyeron que el poema había sido utilizado como referencia por los agitadores.



Durante la Segunda Guerra Mundial, el señor Thomas E. Sullivan y su esposa, vecinos de la localidad de Waterloo, en Iowa, tenían cinco hijos, todos ellos embarcados a voluntad propia en el buque de guerra USS Juneau. Pero el 14 de noviembre de 1944, su buque fue hundido durante la batalla de Guadalcanal, falleciendo de golpe los cinco hermanos: George Thomas (27 años), Francis *Frank* Henry (26), Joseph *Joe* Eugene (24), Madison *Matt* Abel (23) y Albert *Al* Leo (20). Su muerte provocó que el gobierno estadounidense dictase nuevas normas para evitar en el futuro que varios miembros de una misma familia combatieran juntos y pudieran morir todos a la vez.

Según contó el historiador francés Robert Cristophe, el 19 de abril de 1789 Luis XVI (1754-1793) dio una breve audiencia privada al verdugo de París, Charles-Henri Sanson, quien salió tan impresionado del trato que le dispensó su majestad que, al ser preguntado por detalles, sólo acertó a decir de él: «Tiene una gran cabeza». El 21 de enero de 1793, el verdugo Sanson pondría a prueba su afirmación al tener que guillotinar al rey Luis XVI.

Por cierto, siendo muy joven, un astrólogo le advirtió a Luis XVI que debía andarse con cuidado el día 21 de cada mes. El aviso aterrizó al muchacho y, en adelante, se negó a emprender nada importante en ese día de cada mes. Pero de nada le sirvieron sus precauciones. El 21 de junio de 1791, Luis y su esposa fueron detenidos en Varennes cuando trataban de marcharse de Francia, huyendo de la revolución. El 21 de septiembre del año siguiente, Francia abolió la institución de la realeza y se proclamó la República. Y el 21 de enero de 1793, Luis XVI fue ejecutado en la guillotina.



El fotógrafo de prensa Bill Biggart cubrió el suceso de las Torres Gemelas aquel infausto 11 de septiembre de 2001. Tras la caída de la primera torre, Bill habló por teléfono con su esposa y la tranquilizó: «Estoy seguro; estoy con los bomberos». Desgraciadamente, no fue así y, cuatro días después, su cuerpo

fue recuperado, al igual que sus efectos personales, entre ellos su cámara, que fue entregada a su viuda. Se consiguió salvar la tarjeta de memoria, que contenía 150 fotos, incluida la del fondo de esta composición, que fue la última que Bill sacó, a las 10:28:24 a.m. Menos de dos minutos después, la segunda torre se desplomó y Bill murió aplastado.

La mañana del 30 de mayo de 1896, la neoyorquina Evelyn Thomas se dirigía como de costumbre a su trabajo montada en su bicicleta. Mientras tanto, Henry Wells probaba emocionado su flamante y costosa adquisición, un Duryea Motor Wagon, por una de las calles perpendiculares a la que circulaba Evelyn. Desafortunadamente, el destino hizo que ambos se cruzaran.

Los primitivos frenos del automóvil fallaron y el Duryea no pudo parar a tiempo y arrolló a Evelyn, aunque afortunadamente era lo suficientemente lento como para no causarle un daño grave. Inmediatamente, como pasaba entonces y como sigue pasando ahora, se agolparon los curiosos en el lugar del accidente. La policía pasó un largo tiempo meditando sobre si arrestar o no a Henry, ya que no sabían bien si aquel monstruo metálico se conducía solo o si era Henry el que lo manejaba. Al final decidieron que el señor Wells había tenido la culpa, Evelyn fue al hospital por unos raspones, convirtiéndose en la primera víctima hospitalizada de un accidente de tráfico y el *temerario* conductor fue encarcelado por unos días, convirtiéndose en la primera persona en ser detenida por un accidente de tráfico.

Hablando de cosas más serias, la primera víctima mortal de un accidente de tráfico ocurriría ese mismo año en Londres cuando Bridget Driscoll, de unos cuarenta y cinco años, fue atropellada por Arthur James Edsall, que conducía un modelo de la Anglo-French Motor Car Company en una demostración comercial para Alice Standing. Si bien Edsall dijo que sólo iba a 6,5 km/h, su acompañante, la señorita Standing, confesó que se enteró de que Edsall había modificado el motor para que el auto viajase «como un bólido».

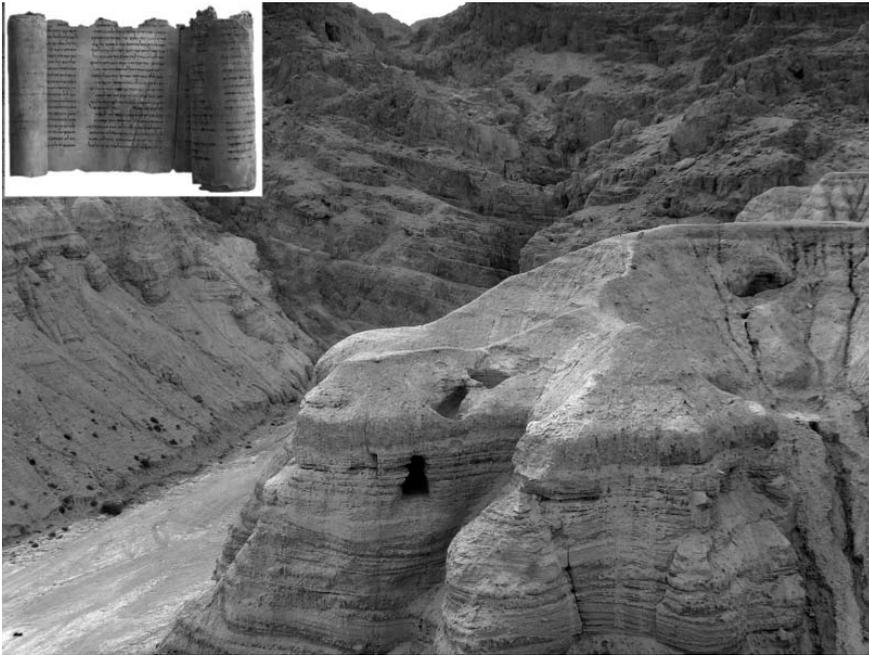
También habría que considerar el extraño caso de Mary Ward que, en 1869, murió aplastada por un coche experimental a vapor construido por sus primos.

Jules Dumont d'Urville (1790-1842), explorador al que se deben, entre otras cosas, el descubrimiento de la Venus de Milo y la primera expedición al Antártico, falleció en las afueras de París, en la primera catástrofe ferroviaria de la historia, la del tren París-Versalles. El 8 de mayo de 1842, Dumont, su mujer y su hijo subieron a aquel tren que efectuaba el recorrido Versalles-París después de asistir a unos juegos acuáticos en el palacio en homenaje al rey. Por una causa desconocida, muy cerca de Meudon, la locomotora descarriló, los vagones de pasajeros volcaron y el carbón de la parte delantera del tren se incendió. Toda la familia Dumont murió en las llamas del subsiguiente incendio, así como otros cincuenta y dos viajeros. Los restos de Dumont, identificados por Dumontier, médico compañero de viajes del fallecido, y por un frenólogo, fueron enterrados en el cementerio de Montparnasse de París.

El 30 de enero de 1795, en el marco de las guerras de la Revolución francesa, se produjo el sorprendente hecho bélico de que una compañía de caballería de húsares franceses derrotara y capturara a una poderosa flota conjunta enemiga de barcos holandeses, británicos y austriacos. El general Charles Pichegru (1761-1804) dirigió esta extraña batalla anfibia disputada en el puerto de la isla de Texel, cerca de Ámsterdam, donde la flota se hallaba inmovilizada por las heladas aguas

del mar del Norte. La crudeza del invierno, con temperaturas que no subían de los 17°C bajo cero, cubrió de hielo ríos y canales y facilitó el espectacular asalto por parte de la caballería, que cabalgaba sobre las heladas aguas.

En cierta ocasión, el erudito francés Jean François Champollion (1790-1832) visitaba el Museo de Turín cuando, en uno de sus almacenes, centró su atención en una caja que contenía restos de papiros. A la vista de que nadie sabía decirle de qué se trataba exactamente, y viendo que estaban clasificados como material semi-inútil, comenzó a investigar los fragmentos, reuniéndolos pacientemente y ordenándolos, llegando a la sorprendente conclusión de que se trataba de la única lista existente de las dinastías egipcias, con la especificación de los nombres y la cronología de los faraones. Un documento de incomparable valor histórico.



En 1947, mientras buscaban una cabra extraviada, dos jóvenes pastores beduinos de la tribu ta'amireh, Jum'a y Mohammed ed-Dhib, hallaron los primeros Rollos del Mar Muerto. Tras utilizar algunos para alimentar su hoguera, vendieron el resto (tras trocearlos, para aumentar su precio) a un anticuario local. Aunque algunos llegaron hasta Egipto y Estados Unidos, sólo su posterior publicación causó un masivo interés entre los arqueólogos bíblicos. Tras una búsqueda sistemática, sacaron casi 800 pergaminos y cientos de fragmentos de once de las grutas de Qumrán que circundan el mar Muerto. Los manuscritos, en hebreo y arameo, guardados por judíos esenios, datan de entre los años 250-66 a. C. y son las versiones más antiguas en lengua hebrea del Antiguo Testamento. La mayoría de los rollos se hallan hoy en los museos de Israel y Rockefeller de Jerusalén y en el Departamento de Antigüedades de Ammán, la capital jordana.

La piedra Rosetta, que sería la pieza clave para descubrir el significado de los jeroglíficos egipcios, fue descubierta casualmente el 15 de julio de 1799 por el capitán francés Pierre-François Bouchard en el pueblo egipcio del delta del Nilo denominado Rosetta o Rashid, cuando las tropas capitaneadas por Napoleón Bonaparte se encontraban guerreando contra las de Gran Bretaña en las tierras de Egipto. Aunque fue un proceso lento, las inscripciones fueron descifradas finalmente en 1831 por el egiptólogo francés Jean-François Champollion (1790-1832) partiendo de la base de que los tres textos en griego, en jeroglíficos de la época de la primera dinastía, y en demótico (escritura cursiva que databa del siglo VII a. C.) decían lo mismo y de que el griego era perfectamente comprensible.



En 1963, un vecino de la Capadocia turca, al hacer algunas reformas en su casa-cueva, descubrió inesperadamente la ciudad subterránea de Derinkuyu. Los arqueólogos comenzaron a estudiar de inmediato esta fascinante ciudad subterránea que los antiguos hititas excavaron allá por el año 1400 a. C. Esta ciudad subterránea (de la que se han descubierto ya veinte niveles subterráneos, con unos ochenta y cinco metros de profundidad) fue utilizada como refugio contra las frecuentes invasiones que iba sufriendo Capadocia, así como, luego, por los primeros cristianos. Los enemigos, conscientes del peligro de aquel laberinto, preferían intentar que la población saliera a la superficie envenenando los pozos de agua que les abastecían. En el interior de la ciudad pueden observarse establos, comedores, salas para el culto, cocinas aún ennegrecidas por el hollín de los hogares, prensas para el vino, bodegas, cisternas de agua y áreas habitacionales. Se calcula que en total podían dar refugio a la increíble cifra de cien mil personas.

El 12 de febrero de 1852, el sacerdote Martín Merino y Gómez (1789-1852), al que no hay que confundir con el más famoso «Cura Merino», notable héroe de la Guerra de la Independencia y de las guerras carlistas, intentó asesinar a la reina Isabel II

(1830-1904), que se dirigía a oír una misa de acción de gracias por su reciente parto en la basílica de Nuestra Señora de Atocha. Pero el estilete blandido por el sacerdote se enganchó en las ballenas del corsé de la reina, tras haber sido amortiguado por el recamado en oro de su vestido, todo lo cual desvió la puñalada, que acabó causando sólo un leve rasguño a su majestad. Por entonces, la trayectoria antimonárquica del religioso era ya bastante larga y conocida. De ideas liberales, huyó a Francia en 1819. Más tarde tomó parte en los sucesos que se produjeron en 1822 en Madrid contra el rey Fernando VII. Tras su fallido regicidio, al día siguiente del atentado fue juzgado sumarísimamente y condenado a muerte, siendo ajusticiado a garrote vil el día 7 de febrero.



En 1991, el famoso artista búlgaro Christo (1935) y su pareja, Jeanne Claude (1935-2009), instalaron en California y Japón una obra ambiental formada por cientos de gigantescos paraguas azules y amarillos de cerca de 6 metros de altura y 9 de diámetro, que se convirtieron en una gran atracción turística. Unos dos meses después de su apertura al público, Lori Rae Keevil-Mathews, de treinta y tres años, se acercó a California para verla. Durante su visita, una desafortunada ráfaga de viento arrancó uno de los paraguas, que voló directamente hacia ella y la aplastó. Christo ordenó inmediatamente que desmontasen su instalación. Pero mientras se desmontaba su duplicado en Japón, el operador de grúas Masaki Nakamura se electrocutó cuando su máquina tocó un cable de alta tensión de 65.000 voltios.

En el transcurso de la guerra de Crimea (1853-1856) se encontraron un par de proyectiles (una bala rusa y otra francesa) que, a juzgar por su estado, se cruzaron en el aire e impactaron uno contra el otro, lo que se puede considerar una casualidad casi imposible, al menos pensando que, como es el caso, ambos proyectiles choquen perfectamente alineados uno contra el otro. Alguien ha calculado que, estadísticamente, la probabilidad de que esto ocurra es de una entre mil millones.